Hubo conflictos que pueden parecer curiosos, pero que se hacían asumiendo riesgos que ahora mismo no se suelen correr, huelgas por no dejar entrar vino en la fábrica, por no permitir niños jugando en el recinto, por obstaculizar la lactancia materna, por no permitir fumas o salir a buscar agua (a llenar el botijo).

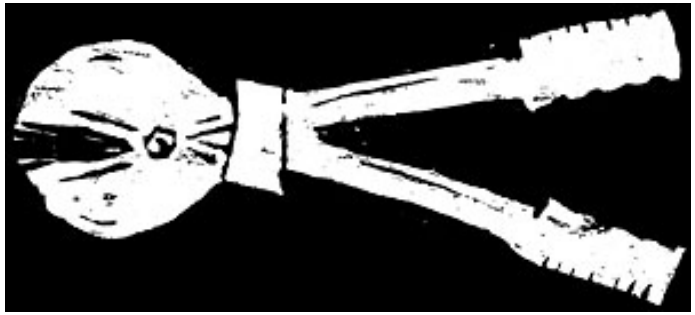
Otra actividad de resistencia era el mal uso cotidiano de los bienes del amo, de alta o baja Intensidad. Así uno de os propietarios del Vapor Vell de Sants se quejaba amargamente de que los trabajadores, al ir al retrete, tomaban un puñado del mejor algodón o de lana para limpiarse el culo en lugar de alguna cosa de menos valor "*no parece sino que gozan con destruir todo lo del amo*"y sin lugar a dudas debían disfrutar lanzando el puñado de algodón a la fosa séptica.

Todo esto puede parecer anecdótico ante la épica obrerista posterior, pero no son pura anécdota, sino indicadores de lo que costó imponer el modelo de trabajo en recinto cerrado, con horarios rígidos y aislados de la familia y de la gente próxima.

Y no se trata de que el trabajo en el domicilio, compaginando el trabajo de hilandera o textil con otras faenas de casa o del campo, sometidas a la autoridad patriarcal fuese una bicoca, pero permitían ajustar los ritmos de trabajo a los otros intereses del grupo productor (por ejemplo cuidar recién nacidos y enfermos), o atender a otras oportunidades de ingresos (por ejemplo la vendimia), se podía intensificar el trabajo en una época de necesidad i endentecerlo en otras…

Con la entrada en la fábrica el obrero deja de ser libre para decidir el ritmo del trabajo, como y cuando trabajar, para pasar a producir en el lugar, con el ritmo i de la manera que marca el empresario, en un espacio y tiempo regulado. La opción deja de ser trabajar mucho o poco, tener más o menos ingresos i pasa a ser trabajar en la fábrica con la organización fabril o no trabajar en absoluto, tener unos ingresos miserables o no tener ninguno.

Entre el trabajador que usa como papel higiénico la materia prima más apreciada del amo y los incendiarios de Vapores i selfactinas hay un hilo conductor, quizás fino y tenue, pero coherente y lúcido.



RESISTENCIA OBRERA AL TRABAJO INDUSTRIAL Y A LA MAQUINA

(antes de los luditas

negreverd
www.negreverd.blogspot.com
Març de 2014

Resistencia obrera al trabajo industrial y a la máquina.

Santa Mandra Gloriosa,
guardeu-nos de treballar,
que tinc un os a l'esquena
que no el puc pas doblegar.
El dilluns no n'és pas dia,
el dimarts per descansar,
el dimecres, per anar fora,
el dijous per reposar,
el divendres passem comptes
pel dissabte anar a cobrar.
El diumenge, no cal dir-ho,
no és dia de treballar.
Santa Mandra gloriosa
guardeu-nos de treballar
(Canción popular catalana)

(Santa Pereza gloriosa, guardadnos de trabajar, que tengo un hueso en la espalda, que no me la deja doblar. El lunes no es el día, el martes para descansar, el miércoles para ir afuera, el jueves para reposar, el viernes para pasar cuentas, el sábado para ir a cobrar. El domingo, no hace falta decirlo no es dia de trabajar. Santa Pereza Gloriosa guardadnos de trabajar).

A pesar de todas las elegías cantadas a la revolución industrial y a la superación del antiguo régimen, el maquinismo, especialmente el maquinismo social: lasfábricas. encontró una seria resistencia entre todas las personas destinadas a dejar la piel en ellas. Las elites económicas, sociales e incluso obreras, en cambio, acogieron la fábrica con entusiasmo.
Trabajadoras y trabajadores se resistieron con todas las armas a su alcance a integrrse en el modo de producción moderno, incluso los elementos más contemporizadores con el poder establecido, los Clavé (el de los coros), Roca i Galès (ideólogo del cooperativismo obrero)… hicieron notar un cierto disgusto frente a la fábrica.
No se trata de la reacción de artesanos que acaban de perder el control sobre la producicón, las mujeres que trabajaban a destajo de los barrios y pueblos, los jornaleros y oficilales de taller sin perspectivas, hacía tiempo que habian perdido este control. Se trataba de la percepción lúcida

más o menos 51 fines de semana en total 117 festivos (suponiendo que todo el mundo tuviese fiesta durante el fin de semana, sumamos 20 o 22 días laborables de vacaciones) y finalmente nos quedan entre 137 y 139 días no laborables. En resumen hemos empeorado bastante.
Muchos oficios hacían algún tipo de celebración al alcanzar una meta, por ejemplo los tejedores y pintadores de indianas al acabar una pieza. Estas celebraciones se centraban en comer y beber… y en lo que se pudiese, eran profundamente desaprobadas por los fabricantes y los ideólogos de la fábrica.
Así un higienista partidario de implantar y extender el maquinismo declaraba en una Memoria sobre salud laboral *"Todos sabemos que la gente menos arreglada se halla entre los tejedores de algodón: a todas horas se levantan del telar y se entregan a la disipación y al desorden. Esto fácilmente se evita ocupándolos en telares movidos por el vapor, que no les es fácil dejar mientras la potencia motora continué, como sucede con los telares comunes. Así se evita a que se entreguen a la borrachera y comilonas, que tan sólo puede formarse una idea los que han tratado con ellos o presenciado sus asambleas y bacanales.* ". Y para el la máquina solucionaba toda esta "disipación" privando al trabajador de la movilidad y autogobierno que, mientras era manual, tenía.
Una visión sin los prejuicios promaquinistas es la de Marian Burges, alfarero de Sabadell, anarquista y librepensador que fue el director del periódico "el desheredado", publicación partidaria de la acción directa. Marian dice "*como es bien sabido, allí donde hay trabajadores libres que no van a toque de campana, los amos y organizadores de todas las fiestas i bromas son ellos, en Sabadell eran los tejedores a mano. Las aspiraciones a más libertad y bienestar eran ellos los que las sentían y a su manera las buscaban. Hacían fiesta los lunes y, a veces, los martes, se asociaban a escondidas e iban a los cafés después de comer y por la noche. A merendar con cualquier pretexto, ahora porqué habían acabado una pieza, ahora porqué empezaban una de nueva (…) Casi todos, por la mañana, antes de comenzar una rosquilla i medio "petrico de barreja" (un petrico era algo menos de un cuarto de litro) y a las once un cuarto de aguardiente (…) trabajaban cando querían y el fabricante iba a las tabernas a suplicar que fuesen a tejer porqué había quien esperaba la pieza*". También nos comenta la experiencia que supuso el maquinismo para aquellos trabajadores libres y alegres "*encerrase once horas frente aquel artefacto de hierro que obligaba a estar atento a cambiar las lanzaderas y sin poder ir a la taberna (…) se aclimataron pocos i fue cuestión de hacer nuevos tejedores*".
Una medida contra la indisciplina laboral era el proyecto de pagar los jornales a media semana e, incluso, en dos plazos, para evitar que los trabajadores se encontrasen con demasiado dinero en las manos un día festivo.

La resistencia de los trabajadores a integrarse en el régimen fabril no sólo de concretaba en absentismo y abandono del trabajo, sino también en la defensa de unos supuestos usos herencia del período del artesanado. Especialmente documentados están las costumbres de tejedores y zapateros, pero seguramente se extendían al conjunto de todos los ramos.
Hasta bien avanzado el siglo XIX, y en algunos casos hasta los inicios del siglo XX, los trabajadores de determinados gremios celebraban el San Lunes y a veces incluso el San Martes. El san Lunes consistía simplemente en no ir a trabajar los lunes (santificarlo) añadiéndolo al domingo, esto contemporáneo y antagónico con el proyecto industrial de implantar la semana de seis días y medio laborables.
El refranero catalan está lleno de referencias al San Lunes "*dilluns de sabater bon dia pel taverner*", *"dilluns arribat, calces velles i acotar el cap", "qui no té por al dilluns no té por al dimoni", "és dilluns és maleït, es dimarts resta com resta, tots els sabaters fan festa per por de punyir-se un dit", "el dilluns merda a munts"* "d*arrera del dilluns vindrà el dimarts, i feina fuig que fàstic em fas"*. Por el contrario los trabajistas tenían otro refran "*el dilluns és el diumenge dels ganduls*". La tradición del San Lunes se mantuvo viva hasta más allá de 1850 y en algunos oficios hasta el siglo XX.
Al San Lunes le llamaban también San Gato, sobretodo los estudiantes que aquel dia hacían el gato, o sea, se lo pasaban tumbados y durmiendo.
Habían diversos patrones populares de la pereza, como Sant Baldiri, Sant Macari i Sant Quirze con un importante peso satírico (trabajo huye/ pereza no me dejes/ caldera acércate y que Sant Quirze me la traiga), estos patronos tenían sus propias celebraciones, al margen claro de la Iglesia Católica, tan amante del trabajo y del sacrificio de los pobres como del beneficio de los ricos.
Más radicales aún eran los celebrantes del San Martes, ya decía la "*Excelentísima Diputación de Barcelona*" el 1850 "*hay la pésima costumbre en Barcelona de holgar muchos jornaleros en los lunes y martes*".
El calendario laboral preindustrial era bastante más extenso en festivos que el implantado con la industrialización (solo bien avanzado el siglo XX se conquistan, en algunos sitios, las vacaciones pagadas y se equilibran los días de trabajo). La mayoría de calendarios festivos preindustriales tenían muchos días feriados, en la edad media entre fiestas religiosas i domingos rondaban los 170 días, a principios del siglo XIX tenían uns 93 días festivos generales, si a estos les añadimos los, aproximadamente, 52 San Lunes tenían un total de 145 días y a esto havia que añadir las fiestas locales, el patrón del gremio seguramente llegaríamos a los 150 días festivos (esto no teniendo en cuenta los radicales San Martes). El calendario laboral en Cataluña el 2014 tiene 13 festivos nacionales (uno de ellos recuperable) i 2 locales,

de lo que se les venía encima, más lúcida que la de todos los menestrales instruidos, que los maestros de oficio i obreros qualificados que cayeron de cuatro patas en la trampa.
Las fábricas eran (y son) horarios inacabables (12, 15, 16 horas…) y rígidos, sirena, campana y reloj ordenando la vida, objetivos reproducción inasequibles y crecientes paralelamente con la tecnología (un nuevo avance, un objetivo más lejano), ritmos embrutecedores, ordenancismo asfixiante (se podía ser sancionado en incluso ser despedido `por hablar, por cantar o silbar…), abusos psicológicos, físicos y sexuales, sobre chicas, chicos, niñas y niños, divorcio total con los ritmos naturales del dia, de la noche, de las estaciones, entrar de noche y salir de noche… todo esto por un sueldo que no llegaba para cubrir las necesidades vitales.
Los avances en la iluminación artificial en el interior de las fábricas fue básico para poder prolongar los horarios que, durante el invierno, no podían pasar de 8 horas al oscurecer.
Primero fueron los quinqués de aceite a partir de los principios del XIX, y de queroseno a partir de los años 50, es también a mediados de siglo que se implantan las primeras iluminaciones por gas y por electricidad (mediante lámparas de arco)… Hay que decir que el primer alumbrado comercial de Edison fue el de una fábrica de Nueva Cork en 1881. De esta manera, gracias a las tecnologías del alumbrado se pudieron trabajar 16 horas, tanto en invierno como en verano.
Los encargados y directores se obsesionaban en impedir la comunicación entre trabajadores, prohibían hablarse durante el trabajo, y para evitar lo corros en la hora del desayuno o la comida, hacían desaparecer cajones y piedras donde sentarse y llegaron a prohibir formar grupos incluso durante el tiempo libre, el objetivo era conseguir hacer comer a pie de máquina.
En muchas fábricas dirigirse la palabra entre trabajadores podía suponer el despido durante 7 u 8 días, multas… o el despido definitivo para los recalcitrantes.
La puntualidad paso a ser importantísima para disciplinar a los trabajadores. Aunque hasta finales del siglo XIX se conservó una cierta flexibilidad a la hora de entrar. Con la extensión del reloj, especialmente en el bolsillo de los patronos y encargados, en todas partes se empezaron imponer duras sanciones para los retrasos. Muchas fábricas cerraban las puertas con rejas pasada la hora de registro de la entrada para impedir fugas de trabajadores.
La vida de muchos pueblos dejó de regirse por las campanas de las iglesias (a menudo inexactas, tocadas fuera de hora o mudas por el olvido, la pereza o la resaca del campanero) y paso a ser regulada por la sirena de la fábrica, exacta, precisa i imperturbable… maquinizada.
La industrialización, al contrario de lo que se cree, no supuso una mejora del nivel de vida para los obreros, hay diversos estudios que demuestran que la alimentación empeoró y no digamos las condiciones de vida y el medio ambiente.
En Cataluña una familia obrera de Barcelona a medianos del siglo XIX era deficitaria en calorías (sólo el 90% de lo recomendado) y muy deficitaria en calcio y vitamina A (35 y 7%

respectivamente) esto era especialmente grabe en el caso de los niños que solo disponían del 88% de las calorías, el 30% del calcio y prácticamente nada de vitamina A (la vitamina A está muy relacionada con la visión, pero también la podemos considerar un indicador de la ingesta del conjunto de vitaminas). En cambio una familia de agricultores del Valles Oriental de aproximadamente el mismo período tenía una aportación de calorías por encima del 100% teórico, el déficit de calcio era más bajo (aproximadamente del 50%) y tenían suficiente vitamina A, naturalmente las condiciones de los jornaleros agrícolas y de los campesinos de zonas más pobres eran peores, peores incluso, posiblemente, que las de los trabajadores industriales.

Otro problema era el de la movilidad, a menudo la fábrica está lejos del lugar de residencia. Pol Lafargue hace una descripción de esta situación “al cansancio de una jornada desmesuradamente larga, que sobrepasa las 15 horas, estos desdichados han de añadir la ida y vuelta, tan penosas y tan frecuentes. El resultado es que llegan por la noche a su casa, abrumados por la necesidad de dormir y que, por la mañana siguiente, sin haber descansado suficiente, han de levantarse para llegar puntualmente a la hora de apertura”.

Ya antes de la introducción de las primeras Jennys en las factorías de la real Compañía de Hilados (finales del siglo XVIII) los encargados se quejaban de la falta de formalidad de las hilanderas. Así se establecían premios (una pieza de tela) a quien trabajara seguido al menos 6 meses y tuviera menos de tres faltas al mes… es decir, según dicen sesudos investigadores, estas condiciones se cumplían raramente, las hilanderas tenían un montón de trabajos alternativos en casa y fuera de casa, que les eran más convenientes (económicamente o por otros motivos) que el trabajo en la fábrica y sus supuestos premios.

Las hilanderas trabajaban poco tiempo seguido, pero esto se repetía en todos los sectores industriales, durante la última década del siglo XVIII más de la mitad de las devanadoras de las indianerías de Barcelona trabajaron menos de 6 meses seguidos. No es necesario decir que

esto era un gran dolor de cabeza para los patronos que necesitaban personal hábil y entrenado en el trabajo y sometidos al trabajo en la fábrica. Por esto trataban de disciplinar a la mano de obra mediante reglamentos, ordenanzas, intimidaciones y sermones de curas.

Las aprendidas huian de la fábrica a la menor oportunidad, los encargados buscaban formas de fidelizarlas, como no pagar ls primeros días, retener parte de las primeras pagas, extorsionar a padres y tutores “*Que se manifestia tot lo referit [en les ordenances] a sos Pares o Personas encarregadas [de les treballadores], prevenintlos que sempre que vinguia lo cas de necessitar a sa filla o recomanada, deu ell mateix avisarne als empleats, y que en tenir tres faltas en un mes, no concorrerà al premi y podrà ser despatxada.*". A pesar de todo, como decía un organizador industrial de finales del XVIII refiriéndose a las pequeñas cardadoras de mecha para hilar *“ya enseñadas, a la hora menos pensada se ausentan y no buelben”*.

Los Poderes articularon todo tipo de normas y instituciones represivas para hacerlas ir a trabajar en las fábricas, una de ellas fueron los trabajos forzados a través de prisiones, casa de corrección, casa de caridad, hospicios y orfelinatos. Sobretodo los pequeños huérfanos y huérfanas eran una mano de obra casi gratuita, mucho más disciplinable que los niños que crecían en el seno de una familia, vulnerables e indefensos podían ser sometidos impunemente a toda clase de abusos y brutalidades.